

ÚVELAN

EL ÚLTIMO PAÍS DE LAS LETRAS



Truenos... rayos... mucha lluvia que golpea contra el cristal de la ventana... y un escritor frente a su ordenador inventando una historia...

“En un lugar de la magia, de cuyo nombre no quiero olvidarme, se encontraba el país de las letras, un país preparado para la lucha aunque supieran que su enemigo les acechaba victorioso y que poco podrían hacer frente a él”. Así empezó la historia, y le gustó.

“La tierra de las letras está en peligro desde hace ya varios años. Un oscuro personaje ha conseguido hacerse con la mayoría de los países, esclavizando a sus habitantes y acabando con sus costumbres. Lo que aún no ha podido conseguir – y ese es su objetivo principal – es borrar el idioma que les une para hacerlos suyos para siempre. Y si no lo ha conseguido es porque aún no ha podido invadir el último reino de la Tierra de las Letras.

Estamos en el reino de Úvelan, un pequeño reino colindante con la antigua Equistán por el norte, con la extinguida Udestán por el Sur, con la gran Teminúsculam por el Este, e Igriegistán por el Oeste.

En Úvelan vive el Rey Vasavenir, hijo de Vergas, que fue, a su vez, hijo del mítico Vadormir, uno de los grandes reyes de la historia. Pero no son buenos tiempos para el monarca. Hace ya más de un año que agoniza en su cama real, y son pocos los suspiros que le quedan.

Son tiempos extraños y peligrosos para los habitantes de Úvelan, y eso se nota en el ambiente de Uvemayúsculum, la capital del reino, que es donde viven ahora, refugiados, todos los habitantes.

Úvelan, como ya habrás supuesto, es el último reino del País de las letras, y, además, el más grande de todos debido a la adhesión de otros dos países más pequeños, Uvedóblum y Zetapetam.

Como ya hemos visto corren tiempos oscuros para la gran Úvelan ya que el terrorífico Faltortográficos acecha a las puertas de la capital, a la espera de la muerte del rey, o a la entrega voluntaria de las llaves, como ya sucedió en tantos otros países que ha ido conquistando poco a poco.

Hace ya varios años que empezó su aventura, tomando Adeárbol y Bedebarco con ayuda de un temible ejército venido de tierras lejanas y desconocidas. Hasta ese momento nadie ha podido plantarle cara. País que ha pretendido, país que ha conseguido... y no todos con la misma suerte.

Pero con Úvelan no lo tendría tan fácil.

Todos los exiliados que han ido escapando de los países tomados se han ido refugiando tras las murallas de Uvemayúsculum, y es ahí donde un gran ejército espera para luchar y no dejar que el terrible ser oscuro se apodere de toda la tierra de las letras.

Dentro de la ciudad podría haber no menos de diez mil hombres y niños hacinados, dispuestos para luchar, sabedores de que si pierden Úvelan se perderá todo. Aun así saben que el ejército comandado por Faltortográficus superaba con creces los cien mil.

Si Faltortográficus consiguiera, finalmente, acabar con Úvelan todas las palabras conocidas hasta entonces desaparecerían. Los habitantes que sobrevivieran tendrían que aprender el nuevo y caótico idioma impuesto por su nuevo rey, un hombre que apenas sabía leer o escribir, y los que no lo hicieran acabarían con las letras... en el volcán de la quema.

Úvelan es una ciudad caótica, sin orden, y solo el miedo a Faltortográficus ha sido capaz de convertirles en soldados preparados y, sobre todo, disciplinados. Antiguamente, en Úvelan todo era tan diferente...

Al ser de los últimos reinos en formarse se hizo de manera diferente al resto. Sus murallas eran más altas y fuertes, sus calles más amplias, sus casas más altas, y hasta su cielo parecía más limpio.

Por orden constitucional, establecida por los diez sabios del Templo Ábaco, todos los nombres de sus habitantes empezaban por V. Abundaban los Vicentes, Virtudes, Vicos, Victorias, Victorianos, Valentines... pero ya hacía unos años que las mezclas entre ciudadanos con gentes venidas de otros países hicieron que todo eso fuera cambiando.

Ahora había muchos otros nombres como Antonios, Mercedes, Robertos, Javieres, Belenes, Marinas, Tomases... etc... pero todos tenían que ser acompañados por otro que empezara también por uve. Una reforma constitucional así lo permitió. ¡Los tiempos cambiaban!.

Al principio hubo mucho miedo por la avalancha de gente descontrolada y desconocida. Tenían costumbres diferentes, una forma diferente de hablar también, y produjo varios enfrentamientos entre los defensores de la costumbre y los nuevos ciudadanos.

Los defensores, a los que todos conocían como Uvenealistas, no permitieron, en un principio, que ninguna mujer Uvelaniana se casara con un hombre proveniente de otro país, pero nada pudieron hacer.

A pesar de meter miedo entre las gentes, y de intentar hacer ver que eran diferentes, la gente terminó comprendiendo que todos eran personas, con otras costumbres, pero personas con unos sentimientos compartidos al fin y al cabo. Los uvenealistas, comandados por el Mago Virtu, la mano derecha del rey, fueron cediendo en sus posiciones, e incluso alguno de ellos terminó usando la cláusula del divorcio para terminar aparejándose con nuevos ciudadanos, que era como les llamaban.

Fue precisamente con la llegada de las muchachas provenientes de Errederusiam cuando llegó el escándalo mayúsculo. Dichas mujeres, jóvenes, guapas y rubias, hicieron estragos en la vida marital de Úvelan. No pocos fueron los que cayeron en las redes de esas muchachas, algunos incluso altos cargos del gobierno del rey Vasavenir.

Fue precisamente el Mago Virtu, un mago al más puro estilo Merlín, con barba blanca y túnica azul, quien preparó el ejército para luchar contra Faltortográficus, y fue ahí donde comprendió su error, al ver que esa gente

defendería su nuevo país con el mismo ímpetu que los ciudadanos uvenealistas... O mayor aún.

Los nuevos ciudadanos sabían que el enemigo al que se enfrentaban era muy poderoso - ya lo habían sufrido en sus países - pero también sabían que esa era su última oportunidad. Después de Úvelan no quedaría nada... Sentían Úvelan como si fuera su propio país... que ya lo era. Algunos de sus hijos habían nacido allí mismo.

Y la batalla final está ya cerca. Faltortográficus ya lleva varios días rodeando la ciudad con su ejército, y no faltan muchas noches para que aseste su ataque definitivo.

Todo el mundo sabe que le gusta atacar por la noche, y ya han empezado a sonar sus trompetas y tambores. Esos sonidos, después de varios días, hacían mella en las frágiles y asustadizas mentes de sus adversarios. Algunos, incluso se volvían locos.

El Mago Virtu, observando los miles y miles de hombres que rodeaban la ciudad fue comprendiendo que sus posibilidades de victoria eran casi nulas. Encerrado en su celda, rodeado de animales - vivos y muertos - de pociones, y de libros mágicos, buscó una salida airosa. Había orden de no molestarle bajo ningún concepto.

Tras varias horas - casi un día - encerrado, comprendió que necesitaría algo de magia negra para vencer a su enemigo, y hacía ya muchos años que juró no volver a usarla.

Era la primera vez que no encontraba una solución a un problema, y no pudo más que rendirse ante una promesa que creía que siempre cumpliría.

- Juro que jamás volveré a usar la magia negra que te ha llevado hasta la tumba - gritó una vez, hace ya muchos, pero muchos años, junto al cadáver de su primera y única esposa.

El Mago Virtu, usando su magia negra y su bola mágica, la que no acariciaba desde su juventud, consiguió viajar más allá de las murallas de Uvemayúsculum y llegar hasta el lugar donde descansa Faltortográficus.

El malvado rey de la oscuridad era un hombre horrendo. Medía aproximadamente dos metros, muy corpulento, y tenía una larga melena negra. En su frente, bajo el pelo, disimulaban dos extrañas protuberancias, parecidas a unos cuernos.

Su sueño de siempre había sido aprender a leer y escribir, pero como nunca pudo, su único deseo era acabar con todas las letras para que nadie más volviera a reírse de él.

Era un hombre joven, o así lo parecía, a pesar de una leyenda que decía que, en realidad, tenía más de trescientos años. Nadie sabía muy bien cuántos tenía en realidad.

Tenía varias cicatrices en su rostro, y una barba descuidada y poco poblada. Numerosas verrugas también le hacían parecer más horrendo aún.

El Mago Virtu, sabedor de que en cualquier momento puede descubrirle, observaba con cuidado y paciencia.

Faltortográficus se comió una pata de cordero como un animal, después se levantó de la mesa, echó a todos sus criados, y se acercó a un cofre dorado. Con mucho cuidado sacó un extraño libro que el Mago Virtu reconoció rápidamente.

- ¡El libro de las letras! – gritó entusiasmado, a la vez que asustado - ¡existe realmente!.

El libro de las letras era un libro mágico que escribieron los diez sabios del Templo Ábaco, donde pintaron las letras que darían lugar al sistema de comunicación de los pueblos. De la A a la Z. Después esos diez magos arrancaron las letras y las repartieron a cada rey, dejándolas bajo su custodia. Al principio todo pareció fácil. El mismo rey Vaescribir, abuelo del mítico Vadormir, abuelo a su vez del actual rey Vasavenir, tenía que encargarse de cuidar la hoja sagrada, y no dejar que nunca la robara Faltortográficus, ya que, según la profecía, sería él el único capaz de acabar con todas las letras. El día que lo hiciera convertiría a sus hombres en esclavos sin alma y sin capacidad de autonomía... todos se convertirían en sus mascotas, y se haría con el control de toda la Tierra de las Letras... Para siempre. Según decía la profecía de los diez sabios del Templo Ábaco ese día podría llegar, y Faltortográficus conseguiría el domino absoluto si conseguía juntar todas las hojas mágicas, las unía en el libro, y las quemaba en el Volcán de la Quema.

Observando a través de la bola pudo ver el libro mágico y cómo lo hojeaba sonriente. Primero la A, después la B, la C... y así hasta llegar a la última de sus conquistas, la U. Ya solo le faltaba la V y la Z que guardaban en Úvelan y todo sería suyo. ¡Todo!.

Acariciando las hojas con una suavidad que para nada iban con su rudeza habitual, Faltortográficus cerraba sus ojos y se emocionaba.

- ¡Úvelan... mañana al anochecer serás mía! – gritó colérico, encendiendo sus ojos como si fueran de fuego y soltando un aire por su boca que apagó todas las velas que había en el interior de la tienda de telas rojas.

Sus ojos encendidos por llamas miraron al Mago Virtu, que sintió todo su poder y su ira.

Asustado por la visión el Mago Virtu apartó las manos de la bola y se dejó caer en el suelo, preso del cansancio.

Fue su ayudante, Vanipastor, quien le despertó varias horas después al encontrarle tirado en el suelo, sin fuerzas, y totalmente demacrado.

- ¿Qué le ha pasado, maestro? – le preguntó ayudándole a sentarse

- mi buen amigo Vanipastor – dijo el mago, casi derrotado – nuestro fin se acerca

- no diga usted eso, maestro. Seguro que encontrará una solución. Siempre lo ha hecho

- esta vez no, amigo mío... nada puedo hacer contra Faltortográficus... Es demasiado poderoso para mí
- no diga usted eso... de todas las magias que conoce tiene que haber alguna que acabe con él
- todas las magias que conozco no sirven... a no ser...
- a no ser ¿qué? – preguntó emocionado, sabedor de que su amo había encontrado una solución. Se lo veía en el brillo de sus ojos
- a no ser que vuelva a utilizar la magia negra... Pero es muy peligrosa
- no creo que tengamos nada que perder
- nuestra única solución sería invocar al maligno. Solo él podría acabar con Faltortográficus
- ¿se refiere al maligno de las profecías de los diez sabios del templo del Ábaco?
- sí, me temo que sí. Es nuestra única oportunidad
- ¿y cuando venza al malvado Faltortográficus?... ¿Qué pasaría?
- pues no lo sé, la verdad, pero no creo que nos quede otra. Tendremos que arriesgarnos
- pero el maligno fue quien...
- sí, lo sé, pero o lo invocamos o Faltortográficus acabará con todo
- pues no sé qué es peor
- ni yo, amigo mío... ni yo.
- ¿Está usted seguro, maestro? – preguntó Vanipastor, subiendo las escaleras para salir de la sala mágica, como le había indicado el Mago Virtu
- sí, mi buen amigo – dijo el mago, sacando su libro negro de la parte trasera de la estantería – tengo que hacerlo, muy a mi pesar
- piense que el remedio puede ser peor que la enfermedad
- confía en mí, mi buen amigo. Hay algo que me dice que el maligno no es tan malo como su nombre indica
- ¿y cómo puede saberlo?
- no lo sé...una intuición. Sabré elegir... Ahora vete, por favor.

Cuando Vanipastor cerró la puerta el Mago Virtu abrió el polvoriento libro de magia negra que el mismísimo quinto sabio, Luyer, le regaló al rey Vadormir cuando fundó Uvemayúsculum, la capital de Úvelan.

El libro, que no abría desde hacía ya más de doscientos años, le trajo muchos recuerdos. Algunos buenos, y otros no tanto, como la muerte de su bella esposa. Esa muerte, en plena juventud, fue la que hizo que desterrara ese libro de su vida y se sumiera en un mar de confusión y oscuridad del que le costó salir varios años.

Con el tiempo aprendió una muy buena lección. Su amigo, el rey, que también había perdido a su esposa e hija, le enseñó que la muerte no hacía mas que guardar al ser querido para que podamos recordarlo tal y como era, y no como lo que será, o en lo que lo convertirán con el paso del tiempo. Él tuvo esa suerte... o así quiso verlo.

Abriendo el libro por la página última leyó en voz alta lo que allí decían los diez sabios, cuyos nombres eran Carllor, Paecor, Javor, Danior, Luyer, Fervor, Gabriror, Romur, Tonior y Molinaer.

"Este conjuro que aquí te dejamos los diez, Carller, Paecor, Javor, Danior, Luyer, Fervor, Gabriror, Remur, Tenior y Molinaer, es, sin duda alguna, el más peligroso de todos y cuantos has visto escritos en el Libro Oculto de la Magia Negra. Vigila bien tus pasos, y, sobre todo, tu necesidad de utilizarlo pues nada podrás hacer para detenerlo.

"No permitas nunca, amigo mío, entrar en nuestro mundo al maligno a menos que, realmente, esté en juego la supervivencia de nuestro mundo tal y como lo hemos creado. Solo él podrá vencer al ejército de las tinieblas, ya que su poder devastador, y su fuerza humana, no encontrará en nuestro mundo el arma que pueda destruirlo.

Ni cien mil de los soldados negros podrán contra él, pero no te confíes. El maligno es un ser humano, y como tal, no pretendas que tome en cuenta tu agradecimiento. El ser humano siempre quiere algo a cambio, y se lo cobrará.

Todo dependerá de la suerte que tengas al invocarlo. Entre los humanos también hay seres con corazón, dispuestos a ayudar sin pedir nada a cambio. . . Esa será tu suerte, y la de los tuyos. Elige bien".

Deteniéndose en la lectura, el Mago Virtu volvió a tomar aire, cerró los ojos y siguió leyendo, esta vez, el conjuro que traería consigo al maligno:

"Horum, harem, harum.

Lirum, serum, sarum.

Audim, audem, audum

En ese momento un frío extraño invadió la amplia habitación, y el susurro de un silbido viajó por entre sus oídos

Vasim, valem, vasum
Makim, makem, makum
Trajim, trajem, trajum

Y el libro empezó a moverse, borrando parte de las letras ya leídas y apareciendo en su espacio una ventanita por donde podía ver a dos humanos sentados en unas mesas extrañas, escribiendo sobre una tabla con cuadritos, y vestidos con ropas imposibles de vestir.

Esigim, esigem, esigum
Es buenim, es buenem, es buenum
Es malim, es malem, es malum

Sabiendo que no tiene mucho tiempo, sorprendido por un viento que tira todo a su paso, y vuela los libros de sus estanterías, el Mago Virtu mira a los dos humanos sabedor de que tiene que elegir bien.

Mira a uno y a otro. Uno lleva el pelo corto, con amplia nariz, y cara soñolienta. El segundo no tiene pelo, cuelga un extraño pendiente en la nariz, y parece más fornido.

El segundo se muestra más poderoso – quizás lo que necesite – pero el primero parece más de fiar.

Cerrando los ojos, y sin estar nada seguro, su mano se posa sobre el primero.

Entonces el viento desaparece violentamente adentrándose en el libro. El sonido que genera el viento en el libro es sibilante y parece susurrar la palabra “has elegido”.

El Mago Virtu, asustado de nuevo por no estar seguro de haber actuado correctamente, cierra el libro y lo esconde de nuevo. Su laboratorio es un caos, todo está tirado por el suelo, desorganizado, y muchos de los cristales están rotos.

Algo le dice que ha elegido bien, pero no las tiene todas consigo, y el esfuerzo le hace volverse a caer al suelo.

- ¿Quién eres? – le pregunta una extraña voz, asustada

- ¿y tú? – pregunta el Mago Virtu, poniéndose de pie, y mirando en derredor.

Todo es muy extraño. Se encuentra en una habitación gigantesca de paredes blancas, sobre una mesa gigante, y al lado de una especie de tabla blanca con

cuadritos, cada uno con una letra. Detrás una pantalla iluminada con muchas letras

- me estás asustando – le dice el extraño gigante que hay frente a él - ¿de dónde sales?
- ¿no sabes quién soy? – le pregunta el Mago Virtu, un tanto más tranquilo
- no... ¿o sí?... no lo sé – dice algo contrariado, dejándose caer sobre la silla
- soy el Mago Virtu, de Úvelan, fiel servidor del Rey Vergas
- ¡no puede ser! – dice mirando a ese hombrecito, mitad gnomo, mitad Mago Merlín
- ¡bah!... no eres más que un producto de mi imaginación – dice frotándose los ojos con los puños cerrados
- ¿por qué dices eso?
- porque estoy escribiendo precisamente sobre ti. Mira, puedes leerlo tú mismo – le dice señalando al monitor.
- el Mago Virtu – lee el propio mago las gigantescas letras – asustado de nuevo por no estar seguro de haber actuado... ¡Es increíble!
- ¿el qué?
- que eso mismo es lo que me ha pasado antes de aparecer aquí... la magia negra es así.

Durante un buen rato, los dos hablan tranquilamente. Josin es reacio a creer lo que el Mago Virtu le está contando. No puede creer que, realmente, uno de los personajes de la historia que está escribiendo, haya salido del cuento y se encuentre frente a él pidiéndole que acuda a Úvelan para acabar con alguien a quien él mismo ha creado.

El Mago Virtu le intenta convencer de que le crea pues su única oportunidad para acabar con Faltortográficus, pero Josin se siente mal... No es fácil creer lo que le está contando.

Josin, asustado, le dice que él no podrá ayudarlo porque no tiene poderes para luchar contra Faltortográficus.

- No hacen falta tus poderes. Solo con tu fuerza bastará para intimidar a su ejército. Piensa que todos son como yo, y no soy mayor que el puño de tu mano. Acabarías con ellos sin ningún problema

- pero yo no soy un guerrero... solo soy un hombre al que le gusta escribir historias. Aunque no sé si seguiré escribiendo después de esto. ¿Estás seguro de que no eres un sueño?

- compruébalo tú mismo... el hechizo ya está funcionando. Yo me voy, pero tú vendrás ya mismo a Úvelan. Allí te esperaré – le dijo desapareciendo de repente.

- ¡Espera, espera. No te vayas! – le grita viendo cómo se va desvaneciendo entre una extraña mini nube de humo blanco.

Al despertar, el Mago Virtu, no podía creer que realmente hubiera estado hablando con el maligno. Rápidamente, sabedor de que el conjuro no tardará en cobrar vida, sube a la

torre más alta del castillo acompañado por Vanipastor y varios soldados que le escoltan.

Silencio. Durante más de una hora de espera todo es silencio. Demasiado silencio. Ni siquiera los tambores del ejército de Faltortográficos suenan ya.

La paz del cielo negro se rompe. Todos los habitantes de Uvemayúsculum miran hacia arriba, pero ninguno más asustado que el propio Mago Virtu. Por primera vez en mucho tiempo siente el miedo de los mortales ya que no está seguro de haber elegido bien.

Rayos y relámpagos golpean sobre unas nubes, que antes no estaban, creando una extraña atmósfera. Todo se cubre de niebla, empieza a llover, pero no se puede ver nada.

De repente suena una extraña trompeta, y miles de tambores empiezan a rugir al unísono. El miedo se apodera del Mago Virtu y de toda la ciudad de Uvemayúsculum.

- ¡Adelanteeeeeeeeee! – grita Faltortográficus, subido en una especie de catapulta, y gritando con tal fuerza que los uvelanianos tienen que taparse los oídos con sus manos.

Los niños sueltan sus espadas y lloran asustados. Los mayores no lloran pero el miedo es igual. Hasta el mismísimo mago se asusta.

Es, precisamente, en ese momento cuando el Rey Vergas lanza su último suspiro. Su hijo mayor le cierra los ojos, grita un “viva el rey”, y lo cubre con una manta.

No hay tiempo para lágrimas. Es hora de luchar, y se encamina a la torre, junto al Mago Virtu, para liderar su ejército.

Al llegar a la torre más alta, totalmente exhausto, comprende que la derrota es inevitable.

Alrededor de la ciudad, por todos los frentes, avanzan no menos de cien mil hombres, varios millares de bestias, entre caballos y elefantes, y varios centenares de catapultas de todos los tamaños.

- ¡Dios mío! – exclama Verzotum, el nuevo rey - ¡vamos a morir todos!

- aún tenemos una oportunidad – dijo el Mago Virtu mirando al cielo

- solo podría salvarnos un milagro, y ya sabes que no creo en los milagros

- pues deberías... tu padre siempre confió en mí, y yo nunca le he fallado

- mi padre ha muerto. Ahora soy yo el rey – dijo solemnemente mientras el mago miraba al cielo y soltaba una lágrima por un buen amigo.

El ruido se hace insoportable, el avance es inevitable, y ya se encuentran a menos de un kilómetro de las murallas de la ciudad. Es entonces cuando el ejército de Faltortográficus se detiene.

- ¿Qué pasa ahora? – pregunta el nuevo rey asustado

- ahora hay que esconderse – contesta el mago – van a lanzar sus catapultas

- ¡por todos los hurones de la comarca agria! – grita el rey – yo bajo al refugio

- tú tienes que estar aquí – le grita el Mago Virtu – los hombres tienen que verte

- que te vean a ti. De todos modos te respetan más que a mí.

Las primeras catapultas lanzan gigantescas piedras que golpean en las murallas. El ruido es ensordecedor. Por suerte la muralla resiste los primeros embistes.

La segunda tanda de catapultas lanza no menos de cien rocas que ya empiezan a derribar la muralla junto a la puerta de la ciudad. Los nervios empiezan a aflorar, y no son pocos los que se descubren a sí mismos mojados por su propio orín.

Un cielo cubierto de flechas de fuego cae sobre la ciudad y ya empiezan a caer los primeros cuerpos sobre el suelo. La sangre hace todo más doloroso y propenso al caos.

Unido a un fortísimo trueno se oye un rugido atronador. Hasta Faltortográficus parece asustarse, asomando su cabeza por la puerta de su tienda de campaña. Entre nubes negras y una espesa niebla aparece la figura del maligno, y todos se asustan. Todos menos el Mago Virtu, que le hace señales con su bastón mágico para hacerle ver donde se encuentra.

El gigantesco ser era más alto que la torre más alta de Uvemayúsculum, que medía más de veinte metros. Rodeado de esa niebla y esos rayos que iluminaban el cielo, le otorgaban un aspecto siniestro, a pesar de su cara imberbe y sus finas y largas piernas casi sin vello.

- Entonces... ¿es verdad todo lo que me dijiste? – pregunta el maligno acercándose al Mago Virtu, y asustado al verse en un mundo desconocido, pero que quería recordar

- todo esto ya lo he visto yo antes

- no – le dijo el mago – lo has imaginado. Recuerda que lo has escrito en lo que llamas monitor

- ¿y dónde está ese ejército que hay que derrotar?

- allí – le dice señalando a todas partes – pero antes tendríamos que intentar negociar con Faltortográficus

- ¿y cómo lo vamos a hacer? – preguntó Josin, asustado, observando como todos esos enanos que había debajo le miraban con estupor – te recuerdo que no soy un guerrero. Es más, ni siquiera soy valiente

- tú déjame hacer a mí. Deja que me suba en tu mano, y llévame hasta allí.

Con tan solo dar dos pasos consigue llegar hasta el ejército de Faltortográficus.

Con cuidado de no pisar a nadie se detiene.

Por orden del propio Faltortográficus las primeras catapultas lanzan rocas sobre el maligno, pero para él no son mas que picaduras de mosquito. De un certero golpe con su pierna derecha consigue arrancar del suelo medio centenar, lanzándolas sobre el aire completamente destrozadas. Los hombres de Faltortográficus corren hacia atrás.

- ¡Faltortográficus! – grita el Mago Virtu, subido en la mano de Josin - ¡como ves he invocado al maligno! ¡Nada puedes hacer contra él!

- ¿eso crees? – grita Faltortográficus, desafiante como siempre, y encendiendo sus ojos de fuego - ¡atacadle!

El ejército se abalanza sobre él con espadas y lanzas. Otros muchos le lanzan flechas, y las catapultas siguen lanzando rocas.

El maligno cierra su puño para que no alcancen al mago, y, enojado, por las picaduras que recibe de las lanzas, las flechas y las rocas, comienza a mover sus pies en círculos lanzando por los aires a los soldados que se le acercan.

Desde la ciudad, los uvelanianos miran asombrados. La gigantesca criatura se deshace de sus enemigos como si estuviera apagando un pequeño fuego con los pies y estuviera alejando las ascuas a base de puntapiés.

- ¡Bravo! – gritan elevando sus espadas y sus lanzas en señal de salve.

En menos de un minuto el maligno se ha deshecho de medio ejército de Faltortográficus. Hombres y animales vuelan por los aires – muy a su pesar – y comprendiendo que la masacre puede ser descomunal decide detenerse e irse directamente hacia el jefe del grupo, sin duda, el único culpable.

Faltortográficus, usando su magia negra, enciende sus ojos de fuego y empieza a cambiar su tamaño, haciéndose más grande.

- ¡Rápido! – grita el Mago Virtu – ¡cógelo antes de que siga creciendo! ¡Hay que detenerlo antes de que sea demasiado tarde!

- ¿y qué hago? – pregunta Josin asustado

- cógele por la cabeza y quítale el casco. Ahí está su magia y su poder

- ¿cómo lo sabes?

- porque no se lo quita nunca. Además, todos conocemos el secreto de su poder. Sin perder más tiempo, porque Faltortográficus ya era casi tenía la altura de las rodillas del maligno, éste le cogió entre sus brazos y le atrapó.

A pesar de su tamaño, Faltortográficus era muy fuerte, y luchaba con violencia para separarse de él.

- ¡El casco, el casco! – gritaba el mago desde el suelo, y el maligno cogió el casco, y con mucha fuerza, fue capaz de arrancárselo.

Faltortográficus volvió a su tamaño natural, pero su aspecto ya no era el mismo. Ahora era un viejo decrepito, con todo el cuerpo arrugado y unas rodillas y unas manos esqueléticas.

- Devuélveme mi casco mágico – imploró casi entre susurros, cayendo al suelo, sin fuerzas. Entonces el Mago Virtu, acercándosele y usando su magia, lo ató de pies y manos con unos lazos irrompibles que rodeaban sus manos y pies por sí solos.

- ¡Los demás – gritó el Mago Virtu, subido de nuevo en la mano del maligno, al que todos miraban con temor – aún podéis salvaros. Sé que habéis sido víctimas de Faltortográficus, y aún tenéis una oportunidad para recuperar vuestras casas.

El Mago Virtu, tras recuperar el libro sagrado de las letras, pidió a todos los hombres del ejército de Faltortográficus que volvieran a sus tierras, liberaran a sus reyes, y contaran la buena nueva de que el poder de Faltortográficus desaparecería para siempre.

Y así hicieron.

Con el paso de los días el Mago Virtu recompuso el libro sagrado de las letras, entregó la hoja de su letra a cada uno de los reyes, y les pidió que las cuidaran

como se cuidaba a un hijo. De todos modos, todos sabían de sobra la importancia de cada hoja.

Después, comprendiendo que el peligro real estaba en el libro en sí, el único capaz de reunir todas las hojas y poder ser quemadas en el Volcán de la Quema, se lo entregó al maligno para que fuera él quien lo cuidara.

- ¿Y qué hago yo con este libro tan especial?

- escribe en él nuestra historia, esta historia, y compártela con quienes tú quieras - pero si el libro se rompe...

- este libro no se puede romper. Solo el Volcán de la Quema podría hacerlo. Por eso prefiero que te lo lleves tú. En tu mundo estará seguro. Además, ese será tu premio por ayudarnos.

Cuando Josin despertó pensó en el extraño sueño que había tenido. La tormenta ya se iba alejando, y el ordenador seguía encendido.

Leyó la parte final de la historia que no recordaba haber escrito, sino soñado, y se dio cuenta de que, a su lado, estaba el extraño libro que el Mago Virtu le había regalado.

- ¡El libro sagrado de las letras! – gritó entusiasmado - ¡no ha sido un sueño!

Al abrirlo se quedó muy sorprendido porque la misma historia que él había escrito – palabra por palabra – estaba escrita en las viejas hojas del libro pero con una letra extraña y artesanal.

Pasando rápidamente las hojas llegó al final, a la batalla contra Faltortográficus, y leyó el final:

*“Y el maligno se marchó lentamente mientras todos los uvesanianos se despedían entre vítores y lágrimas. Úvesan continuó con su apacible vida, sin luchas, sin guerras, sin peleas, con las puertas abiertas a extraños. . . Y el maligno se llevó el mayor secreto de la Tierra de las Letras, el libro sagrado, el único capaz de acabar con sus costumbres, su idioma y su forma de vida. Lo que no sabía el maligno era que bajo las tapas de ese libro estaban las palabras sagradas y prohibidas que le harían dueño de las letras y de los números. . . de todas las letras y de todos los números.
- Espero que los uses con sapiencia. Así será. En ti confío ”*

FJN